



ELIA BARCELÓ

«Una novela sobre
el desconcierto y el despertar
en otro lugar y sin saber quién eres.
Una historia apasionante,
que te atrapa desde el comienzo».

Jurado del Premio Edebé

EL EFECTO FRANKENSTEIN

PREMIO NACIONAL DE LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL
Y PREMIO EDEBÉ DE LITERATURA JUVENIL

edebé

EL EFECTO FRANKENSTEIN

ELIA BARCELÓ

ELEFECTO FRANKENSTEIN

PREMIO NACIONAL DE LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL
Y PREMIO EDEBÉ DE LITERATURA JUVENIL

edebé

Obra ganadora del Premio EDEBÉ de Literatura Juvenil según el fallo del Jurado compuesto por: Sr. Xavier Brines, Sra. Paula Jarrín, Sra. Rosa Navarro Durán, Sra. Care Santos y Sra. Elena Valencia.

© Elia Barceló

© Edición: Edebé, 2023

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte

Editora de Literatura Juvenil: Elena Valencia

Coordinadora de la Producción: Elisenda Vergés-Bo

Diseño de la colección: Aurora Iratia

©*Fotografía de cubierta:* DepositPhotos

©*Fotografía de la autora:* Stefanie Grau

Primera edición, noviembre 2023

ISBN: 978-84-683-6952-5

Depósito legal: B. 12271-2023

Impreso en España

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*A la memoria de Mary Shelley,
pionera de la literatura de ciencia ficción y de terror,
y su inmortal novela
«Frankenstein o El moderno Prometeo»
que vio la luz hace más de doscientos años, en 1818.*

O

Abrió los ojos a una penumbra donde una brillante luz anaranjada pintaba rayas en la pared al atravesar una persiana entreabierta. No sabía dónde estaba y por un momento sintió que se ahogaba, asustado, porque no reconocía el techo de la habitación ni nada de lo que había a su alrededor.

Volvió a cerrar los ojos. A veces pasaban cosas así y en unos segundos todo caía de nuevo en su lugar y las cosas se aclaraban por sí solas. Los abrió otra vez, despacio, como dándole a su cerebro una oportunidad de ponerse en marcha y ofrecerle la respuesta que buscaba.

Nada. Seguía sin saber dónde estaba y por qué se había despertado allí al anochecer. ¿Habría bebido demasiado la noche anterior y algún compañero le habría ofrecido quedarse en su casa?

Se incorporó de golpe y quedó sentado en la cama con una opresión en el pecho que, si no era terror, se le parecía mucho. No recordaba nada de la noche anterior. Nada. Su mente era un agujero negro, un desierto, un vacío total.

Miró a su alrededor, perplejo: había estado tumbado en una especie de colchón asqueroso, lleno de manchas viejas cuyo origen prefería no conocer, y la habitación que lo rodea-

ba estaba en ruinas; las paredes desconchadas, el marco de la ventana comido por la carcoma, el vidrio roto en varios lugares como si le hubiesen estado tirando piedras durante años, el suelo lleno de escombros, de papeles de colores que ya casi no podía distinguir porque la luminosidad naranja había ido decreciendo y las sombras se amontonaban en los rincones de aquella casa en ruinas.

¿Qué podía haberle pasado para despertarse allí? ¿Habría sufrido una agresión? ¿Lo habría atacado una banda de ladrones y lo habrían dejado tirado allí, dándolo por muerto?

Se tocó la cabeza con cuidado. Le dolía un poco, pero era un vulgar dolor de cabeza, no parecía que hubiese contusiones craneanas. Se subió las mangas de la camisa para mirarse los brazos y, en la penumbra azul, no distinguió manchas de sangre ni arañazos o hematomas. Las piernas tampoco le dolían.

Se puso las palmas de las manos sobre el pecho y, a través de la tela, notó una especie de costurones en varios lugares; pero no sintió nada al presionarlos, ni dolor, ni quemazón, ni ningún tipo de molestia. Quizá fuera otra prenda de ropa que llevaba debajo y estaba remendada o cruzada por costuras gruesas.

Pensó en quitarse la camisa y mirar, pero ya estaba casi totalmente oscuro y hacía frío, de modo que decidió salir de allí, ir a su casa y, en cuanto se sintiera a salvo en su habitación, encender una lámpara, pedir agua para un baño, desnudarse y hacer una exploración detallada de su cuerpo.

Volver a su habitación. Volver a su casa.

¿Dónde vivía?

Otra vez el agujero negro.

Se pasó la lengua por los labios resecos, por los dientes (comprobó con alivio que estaban todos, no había mellas), se tocó las mejillas pinchosas, notando que debía de llevar un par de días sin afeitarse.

No recordaba dónde vivía.

Se cogió la muñeca izquierda entre el índice y el pulgar derechos buscando el pulso, que, como esperaba, estaba muy acelerado. Tenía que salir de allí, aunque no supiera adónde iba. Necesitaba ejercicio, actividad, para no volverse loco.

Se puso en pie y salió de la habitación, tanteando las paredes, como un ciego reciente. El plano de la casa no le resultaba desconocido, pero no conseguía relacionarlo con nada. Bajó las escaleras con cuidado; aquellos peldaños de madera que crujían bajo su peso no le inspiraban mucha confianza, pero no había otra manera de llegar a la planta baja y, de ahí, al exterior.

Cruzando un cuarto en ruinas que en otros tiempos pudo haber sido una cocina, consiguió por fin salir al aire libre, y el vientecillo, aunque frío, le resultó tonificante. Ya era casi de noche, pero el cielo conservaba, a poniente, un hermoso tono anaranjado con vetas carmesí y el juego de colores se reflejaba en el Danubio, que en aquel punto, frente a la casa, se remansaba un poco.

Desde algún lugar cercano le llegaban retazos de música y de conversaciones y risas, como el eco de una fiesta. Giró la cabeza hacia arriba al oír una campanada y un nombre apareció en su mente: la catedral de Nuestra Señora la Bella.

Algo se relajó en su interior al repetir el nombre para sí mismo. Si sabía ponerle nombre a la iglesia y al río de su ciudad, sabría también dónde se encontraba; no tenía más que seguir buscando en su memoria.

Y a lo mejor, con suerte, incluso llegaría a saber quién era él. Porque lo que no había querido todavía confesarse a sí mismo era que no recordaba su propio nombre, que, al menos de momento, ignoraba quién era.

1

Nora caminaba a largos pasos por la calle paralela a la orilla del río tropezándose con las malditas faldas largas del disfraz de carnaval. Tendría que haberse vestido de algo más cómodo, pero Sarah le había prestado aquel vestido de dama del siglo XVIII con bolsito, peluca y todo, y se había dejado convencer, aunque ella siempre se había disfrazado de vampira, de bruja y de cosas similares.

Ni siquiera sabía si hacía bien yendo a una fiesta donde no conocía prácticamente a nadie, pero llevaba ya unos meses en Ingolstadt y, entre las clases, los primeros test, el acostumbrarse a comprar, guisar y hacerlo todo sola, y las dificultades para relacionarse con gente de otra mentalidad, no había conseguido aún hacerse un círculo de amigos. Así que, cuando Sarah la había invitado a aquella fiesta e incluso le había prestado el vestido, había aceptado enseguida. Lo tonto era que no había podido llegar antes porque había tenido que cuidar de Marie durante dos horas, ya que sus padres hubieron de ir a una reunión de la guardería que habían elegido para cuando la peque tuviese la edad de empezar. No había podido decirles que no, y ahora trataba de encontrar el lugar donde se celebraba la fiesta.

Paró un instante para recuperar el aliento y echar un vistazo al GPS de su móvil. Supuestamente debía de estar cerquísima ya. Se ajustó la peluca sobre las orejas y ya iba a ponerse otra vez en marcha, cuando un grito desesperado la dejó clavada en el sitio, mirando a todas partes para localizar la fuente del sonido.

—¡Socorroooo! —gritaba una voz de mujer—. ¡Socorroooo! ¡Que alguien me ayude! ¡Mi nieta se ahoga! ¡Socorrooo!

Levantándose las faldas casi hasta la cintura, echó a correr hacia donde le parecía que estaba la mujer, y un par de segundos más tarde la había localizado, a la orilla del río, metida en el agua hasta las rodillas, tendiendo los brazos hacia un bulto que flotaba, alejándose de ella.

Por suerte, en aquella zona la corriente no era tan fuerte como en otros lugares. Se arrancó la peluca blanca con sus lazos y sus mariposas, se sacó el vestido por la cabeza, sin molestarse en abrirse la cremallera, y se tiró al agua sin pensar en lo fría que podía estar.

Estaba helada.

Su primer impulso fue salir inmediatamente y secarse con lo que fuera. Pero los gritos de la niña y su abuela la estimulaban, y ella era buena nadadora.

Se dejó llevar por la corriente, dando potentes brazadas que la acercaban cada vez más a la pequeña hasta que consiguió alcanzarla y sujetarla. La niña se le agarró como un monito y a punto estuvo de arrastrarla al fondo con sus patadas y sus brazos que le estrechaban la garganta, casi ahogándola. Trató de acomodársela de manera que no pudiera dificultar sus movimientos, pero, al girarse para poner a la niña de espaldas contra su pecho, un obstáculo en el caudal del río chocó fuertemente con ellas y las separó otra vez. Una rama que flotaba a la deriva, le pareció.

Volvió a nadar con furia hacia el centro de la corriente, consiguió aferrar el anorak de la pequeña y atraerla hacia sí,

pero esta vez ya no hubo patadas ni brazos enroscándose en su garganta. O había perdido el conocimiento, o algo peor.

Por un momento, abrazando a la niña, se dejó arrastrar sin más. El frío del agua era tan intenso que empezaba a sentir todo el cuerpo adormecido, agarrotado. Le costaba nadar y notaba como el calor de su cuerpo iba desapareciendo por la cabeza, por el pelo mojado, que cada vez se ponía más frío.

A la altura del puente, donde la corriente se estrellaba contra uno de los pilares, una ola les pasó por encima, sumergiéndolas por unos instantes, y Nora pensó que se había acabado, que no lo conseguiría. En ese momento, otros brazos surgidos de la oscuridad la ayudaron a flotar y a dirigirse hacia la orilla con su carga inmóvil.

Cuando por fin tocaron tierra, se dejaron caer en el barro, agotados, jadeando por el esfuerzo, pero aliviados y contentos de haber salido con bien de aquello. La abuela se acercaba corriendo, murmurando agradecimientos entre lágrimas, con un móvil encendido en la mano.

—¡Llame a la ambulancia! —gritó Nora.

—¿Está bien? ¿Está bien Tini?

Las farolas se habían encendido ya y, a su luz perlada, Nora vio que la niña estaba quieta, con los ojos cerrados, tumbada de espaldas como una muñeca abandonada en la orilla. Debía de tener unos tres años.

El chico que las había ayudado la miraba desolado. Sus ojos se cruzaron durante unos segundos mientras oían a la mujer hablar por teléfono, dar la dirección y explicar lo que había sucedido.

Nora fue la primera en reaccionar: se arrodilló al lado de la pequeña inmóvil, la puso de lado tratando de que vomitara el agua que había tragado, le inclinó la cabeza hacia atrás, le abrió la boca, metió el dedo dentro para asegurarse de que no hubiese alguna hierba en el interior, le pinzó la nariz y, acto seguido, poniendo su boca contra la de la niña, empezó

a hacerle la respiración artificial mientras el chico preguntaba en voz baja, casi más para sí mismo que para las que lo escuchaban: «Pero ¿qué hace? ¿Qué está haciendo? La niña ha muerto, no tiene pulso. No hay nada que hacer».

Nora se apartó para inspirar de nuevo, comprendió lo que había dicho el muchacho, y empezó con el masaje cardíaco. Treinta compresiones, dos insuflaciones, treinta compresiones, dos insuflaciones..., ritmo rápido, una vez, otra vez, otra vez, sin detenerse un momento, sin dejar de contar.

Unos minutos más tarde, apareció la ambulancia. Todo se llenó de luces azules giratorias y aullidos de sirena.

—¿Está viva? —preguntaba la abuela—. ¿Está viva?

Como en respuesta, la niña abrió los ojos y rompió a toser, expulsando así el agua que había tragado. La abuela se abalanzó sobre ella, pero, antes de que pudiese abrazarla, dos camilleros la recogieron, la metieron en el vehículo y, momentos después, todos habían desaparecido.

—¿Ha... resucitado? —preguntó el chico, mirándola anodado.

Nora sacudió la cabeza, se levantó y echó a andar en la dirección en la que debía de estar su ropa. Él la siguió. Por suerte, pensó, no había tenido que desnudarse del todo frente a aquel desconocido; debajo llevaba un *body* completo de pantalón largo que se había puesto para no pasar frío solo con el vestido tan fino.

—No, hombre, no estaba muerta —contestó, al notar lo importante que parecía ser para el muchacho—. Pero habría podido estarlo si la dejamos un poco más. ¡Pobre cría! ¿Cómo se le habrá ocurrido meterse en el agua, con este frío y casi de noche?

—Ha sido usted muy valiente —dijo él.

—Tú también. —Se giró a mirarlo al darse cuenta de que le había hablado de usted. ¿Qué clase de tipo raro era? Iba vestido como para hacer pareja con ella, con unas calzas con

medias blancas y una camisa de mangas amplias y chorrera en el pecho. A lo mejor lo habían invitado a la misma fiesta—. Y... a todo esto..., gracias —añadió—. Si no hubiera sido por ti, nos habríamos ahogado las dos.

Habían llegado al lugar donde se había quitado el disfraz y, a pesar de que estaba empapada, se lo puso. Estaba muerta de frío, igual que él, que temblaba, aunque trataba de disimularlo.

Por fortuna, el móvil estaba en el bolsito que había tirado al suelo, y seguía funcionando. Llamó a un taxi diciendo que era muy urgente y, haciéndole gestos al chico para que la siguiera, salió a la calle paralela al río y se colocó debajo de una farola para que el taxista los viera nada más doblar la esquina.

—Nunca había visto una cosa así —dijo él, aún pasmado—. ¿Puede explicarme qué ha hecho, fräulein? La niña no tenía pulso, podría jurarlo sobre la Biblia.

«¡Pero qué raro habla este tipo!», pensó Nora antes de contestar:

—Le he hecho lo que haría cualquier socorrista: respiración artificial y masaje cardiorrespiratorio. Lo normal. Bueno, y hemos tenido suerte, claro. Anda, ven conmigo a casa. Tenemos que cambiarnos o pillaremos una pulmonía.

Nora le abrió la puerta del taxi y prácticamente lo empujó dentro. Enseguida se puso a contarle al taxista por qué estaban mojados antes de que el hombre los echara de su vehículo y, aunque a regañadientes, como ya se habían sentado, acabó por llevarlos a donde querían ir.

En el corto trayecto, el chico lo miraba todo con ojos espantados, en silencio, mientras los temblores sacudían su cuerpo. Más que de frío, Nora tenía la sensación de que temblaba de nervios, o de miedo, y a ella le parecía muy extraño y misterioso. ¿Por qué iba a tener miedo, ahora que ya había pasado todo? ¿Sería el *shock*?

Él la observaba de reojo, sin saber qué pensar, sin saber dónde estaba, cada vez más angustiado. Se aparearon en una de las callejuelas del centro, subieron una escalera empinada hasta el tercer piso, la joven abrió la puerta y de repente todo se llenó de luz.

Del techo colgaba una lámpara como él no había visto en la vida, sin llama y sin humo, que esparcía una claridad que casi hacía daño a la vista. Y en la casa se estaba tan caliente como si llevaran todo el día encendiendo fuego tras fuego.

Ella se quitó los zapatos, abrió una puerta, desapareció en la habitación y enseguida se empezó a oír ruido de agua corriente. Aquello era cada vez más extraño.

¡Un sueño! ¡Eso era! Un extrañísimo sueño del que pronto despertaría. Tenía que ser un sueño, porque todo sucedía en la ciudad donde estudiaba, pero nada era exactamente como en la vida real.

—Toma, sécate un poco —dijo la joven, tendiéndole un paño azul—. Me ducho en un momento y luego te toca a ti.

Empezó a frotarse el pelo mientras echaba ojeadas a lo que lo rodeaba: ropa colgada en percheros de pared, mucho calzado raro..., femenino, a juzgar por el tamaño, y un par de zapatos quizá masculinos tirados por el suelo, una pila de libros en un rincón. ¿Sería aquella una casa donde solo vivían mujeres? ¿Y los zapatos de hombre? ¿Y cómo se atrevía aquella muchacha a dejar entrar a un desconocido? ¿Qué mejor prueba de que se trataba de un sueño que lo absurdo de la situación? Pero dentro de un sueño él nunca había notado con tanta claridad su ropa mojada, el frío de su cuerpo, el cansancio y el hambre que sentía en ese momento.

—¡Lista! ¡Para que luego digan que las mujeres somos lentas en el baño! A todo esto, me llamo Nora. Te toca a ti. ¿Prefieres ducha o bañera? —La joven se había puesto una bata blanca y una especie de turbante de color de rosa le cubría la melena mojada. Él trataba de no mirar, pero se le veían

las piernas hasta las rodillas y no parecía darle ninguna vergüenza—. ¡Venga, ducha! —añadió, al ver que él no contestaba—. Se gasta menos agua y calienta igual. Mientras, voy poniendo un cacao, ¿te apetece? A lo mejor incluso queda algo de tarta.

Él asintió con la cabeza sin tener ni idea de qué le estaba preguntando, y entró en el pequeño cuarto de baño, el más pequeño que había visto en su vida, pero amueblado con objetos que no conocía. Exploró unos momentos, probó las manivelas que había dentro de la bañera y, al cabo de unos segundos, el agua caliente empezó a caerle encima. Se desnudó a toda prisa y, echando ojeadas constantes a la puerta, que no había cerrado por dentro porque no había conseguido descubrir el cerrojo, se dejó calentar por aquel maravilloso invento: un caudal de agua caliente que no parecía tener fin.

Sonaron unos golpes apresurados, se abrió la puerta y él cerró el agua y protegió su desnudez con las dos manos, muerto de vergüenza. Nunca hubiese creído posible esa desfachatez en una chica joven de clase acomodada.

—Perdona, se me había olvidado sacarte una toalla y un albornoz; siento que sea tan chillón —dijo ella, evitando mirarlo demasiado—. Aquí tienes. —Le tendía un gran paño, esta vez amarillo, junto con una especie de bata de colorines—. Si quieres afeitarte, te he dejado ahí una maquinilla desechable nueva. Cuando acabes, la tiras. Te espero en mi cuarto. La puerta del fondo del pasillo. Y no tardes o se enfriará el cacao.

El baño estaba lleno de vapor, el espejo totalmente empañado. Se secó a toda prisa y se puso la horrible bata antes de salir al pasillo. La puerta estaba abierta y Nora lo esperaba sentada en el mirador a una mesa sobre la que humeaban dos tazones de chocolate. También había un gran trozo de tarta de nueces que le hizo la boca agua.

Se sentó a un gesto de la chica y tuvo que controlarse para no lanzarse como un lobo sobre el pastel. Se sentía como si hiciera días que no comiera.

—Sírrete, anda —le ofreció. Se había quitado el turbante de la cabeza y su melena castaña estaba empezando a rizarse suavemente al secarse. Seguía vestida con la bata blanca, sin nada más. Tenía unos ojos brillantes e inquisitivos, de color cerveza—. Bueno, pues ya te he dicho que soy Nora. ¿Quién eres tú?

«Gran pregunta», pensó él. «Eso. ¿Quién soy yo?».

—Le va a parecer muy raro, fräulein Nora —dijo por fin, después de unos segundos en los que tragó saliva un par de veces—. No me acuerdo.

Ella no pareció demasiado sorprendida. Se inclinó un poco hacia él y preguntó:

—¿Desde lo del río o desde antes?

Al inclinarse, quedó a la vista un colgante de plata bailando tentadoramente sobre su escote: un búho, el símbolo de Minerva, la diosa de la sabiduría; y también el símbolo de algo profundo y secreto que ella no podía conocer. ¿O sí? ¿Quién sería aquella joven? ¿Hija o hermana de quién?

Le había hecho una pregunta curiosa. Interesante. Científica. Volvió a mirar el búho y decidió decir la verdad.

—Desde antes. Poco antes de lo del río me desperté en una casa en ruinas, por allí cerca, sin memoria de mí, ni de todo mi pasado.

—¿Sabes al menos dónde estamos?

Asintió vigorosamente. Hacía apenas un par de minutos que su cerebro le había suministrado la respuesta.

—Ingolstadt.

—¡Bien! A todo esto, come un poco primero. Perdona, es que soy de un curioso insoportable...

El chico le sirvió a Nora un trozo de pastel antes de servirse a sí mismo y, controlando su impaciencia, cortó un bocado con

el filo del tenedor. Estaba delicioso. Si lo había hecho ella, era un excelente partido: guapa, valiente, y con buena mano para la cocina.

—¿Recuerdas adónde ibas cuando oíste gritar a la abuela de la niña?

—No iba a ninguna parte. Solo quería salir de la casa y tratar de ver dónde estaba.

—¿Qué es eso? —De golpe, Nora parecía asustada. Miraba fijamente un punto en el triángulo de pecho que las solapas del albornoz dejaban descubierto.

Él bajó la vista a donde ella indicaba y, sin pensarlo, se abrió las solapas para poder mirar lo que tanto le había impresionado a ella. A la altura del corazón, y en tres lugares más de su torso, varios costurones destacaban sobre su pecho pálido y lampiño, como heridas profundas cosidas apresuradamente con un bramante negro.

Pasó la yema de los dedos sobre las heridas, que aún no habían cicatrizado, pero tampoco parecían frescas. No sentía nada. Estaban como acartonadas. Al tocar la que tenía a la altura del ombligo se dio cuenta de que más abajo había otra, casi en la ingle.

Alzó la mirada hacia la joven, consciente de que era absolutamente indecoroso mostrarle de esa manera su cuerpo desnudo, pero sin poder evitarlo, como buscando la confirmación de que lo que estaba viendo y tocando era real.

Ella se levantó, se acercó y, con un «¿me permites?» susurrado, pasó también los dedos sobre los costurones. Él sintió un escalofrío. Desde la muerte de su madre, a sus diez años, no había vuelto a tocarlo una mujer.

—Esto es increíble —dijo ella en voz muy baja—. ¿Te duele? Él negó con la cabeza.

—Estoy soñando, ¿verdad?

—No. A menos que los dos estemos soñando lo mismo, no. Esta es la realidad normal.

—La mía no. Aquí todo es raro: las lámparas, el baño, el vehículo que nos ha traído, la forma de vestir de la mujer y la niña del río... Tiene que ser un sueño.

Nora se apartó de la mesa, salió de la habitación y volvió al cabo de unos minutos con un par de prendas de vestir.

—Toma, ponte esto; son de Toby y no sé cómo te estarán, pero es mejor que verte vestido con el albornoz de Heike y con el pecho lleno de heridas mal cosidas que no duelen.

—¿Quién es Toby? ¿Su hermano?

—¿Quieres dejar de hablarme de usted? Me estás poniendo nerviosa. Toby es mi compañero de piso. Aquí vivimos Heike, Toby y yo. Ellos estudian Filología, y yo, Medicina.

—¡Medicina! Como yo —dijo él de pronto. Y sonrió—. ¡Me acabo de acordar! Estudio en Ingolstadt porque es la mejor universidad para química y medicina.

—Ahora ya no tiene la misma fama. Trasladaron la facultad a Landshut primero, hace un par de siglos, y luego a Múnich. Hace solo un año que la han vuelto a abrir aquí. Yo quería estudiar en Viena, pero no había plaza. El año que viene intentaré conseguir el traslado y a lo mejor puedo volver a Austria.

—Yo también soy austriaco. De Salzburgo. —Le parecía maravilloso ir recordando cosas sobre sí mismo. Tanto que no podía preguntar todo lo que se le ocurría al oírla hablar a ella, porque primero tenía que volver a recuperar su memoria completa.

Unos segundos atrás no habría sabido contestar si le hubiese preguntado de dónde era. Mientras hablaban, había ido vistiéndose de espaldas a ella y, una vez listo, se dio la vuelta para que le diera el visto bueno.

Nora se quedó mirándolo. La ropa era casi de su talla y estaba guapo con ella, pero de algún modo la otra ropa lo hacía más real; con las cosas de Toby parecía disfrazado.

—Ya has recordado algo más. ¿Probamos con tu nombre? A ver. Mírame. Yo soy Nora... ¿y tú? Ya sabes...: yo Tarzán, tú Jane...

—¿Cómo dices?

Vio su mirada de profunda incomprensión y, para no agobiarlo más, continuó:

—Nada. Vamos a intentarlo otra vez. Yo, Nora. Tú...

Lo miraba intensamente a los ojos, verdegrises y rasgados, inteligentes, algo oblicuos, sobre unos pómulos altos. Llevaba el pelo más bien largo, rubio oscuro, y no se había afeitado.

—Yo, Nora. Tú...

—Maximilian —dijo de golpe—. Creo. —Sonrió con timidez y se le formaron dos hoyuelos en las mejillas.

—Vamos progresando. Mucho gusto, Max. —Nora le tendió la mano para que la estrechara y él la giró delicadamente, se inclinó sobre ella y la besó rozándola apenas con los labios, con absoluta naturalidad—. Y ahora, vamos a la cocina —añadió rápidamente para disimular su turbación— a ver qué hay por la nevera para hacer una cena en condiciones. Estoy muerta de hambre y me temo que el cacao con el trocito de tarta no ha sido más que un aperitivo. ¿Te gusta la pasta?

Maximilian se encogió de hombros y la siguió. Solo sus padres lo habían llamado Max; para el resto del mundo era Maximilian. Pero le gustaba que ella también lo hiciera. ¡Qué lástima que aquello no fuera más que un sueño! Aquella muchacha tenía algo que llevaba mucho tiempo buscando.

* * *

Mientras ella trasteaba en la cocina, él volvió al baño a tratar de seguir el consejo de Nora y afeitarse. Le costó bastante averiguar cómo funcionaba aquel invento y se pasó todo el tiempo pensando en lo rarísimo que le parecía que hubiese un hombre viviendo con dos muchachas, sin ser familia si-

quiera. ¿Qué clase de personas eran? ¿Qué clase de personas podían ser sus padres, que permitían algo así? ¿Y cómo era posible que Nora estuviese estudiando Medicina? No era que le faltase inteligencia, eso estaba quedando cada vez más claro, pero era una mujer y, por lo tanto, jamás la aceptarían en una universidad. Tendría que preguntar más cosas, pero, por desgracia, más de la mitad de su mente estaba ocupada en recordar y, sobre todo, en averiguar de dónde procedían esas extrañas cicatrices que cubrían su torso.

Las miró en el espejo, anonadado. Por superficiales que fueran aquellas heridas, y no lo eran, al menos dos de ellas tendrían que haberle causado la muerte. Y ahí se abrían dos caminos a su pensamiento: por un lado, ¿quién le había hecho algo así?; por otro, ¿cómo era posible que hubiese sobrevivido y quién le había cosido aquellas heridas?

Si pudiese recordar, lo más probable era que acudieran a su mente las circunstancias del ataque, quizá incluso la persona que lo había hecho, y la razón. Por el momento, con la ayuda de aquella extraña mujer, lo único que recordaba era que se llamaba Max, que era de Salzburgo y que estudiaba Medicina en Ingolstadt.

¿Qué había querido decir Nora cuando había comentado que «ahora ya no es la mejor universidad», que la habían trasladado? Él había asistido a sus clases hasta una fecha muy reciente, estaba seguro. Nadie había trasladado nada. Y ella había dicho, además, que «hace un par de siglos».

Puso su ropa mojada encima de unos barrotes metálicos calientes que había en el baño, terminó de afeitarse, se encontró medianamente civilizado, y volvió a la cocina, de donde salía un olor maravilloso. Mientras tanto, ella se había vestido y su atuendo lo dejó clavado en el umbral: llevaba una especie de calzas negras masculinas, ajustadísimas, que en una mujer no dejaban nada a la imaginación, y cubriendo su torso, una prenda suelta que permitía ver bastante bien lo que llevaba

debajo: una especie de ligero *brassière* francés que lo obligó a carraspear y desviar la vista.

Nora puso la comida en la mesa y le tendió una botella de vino tinto para que la destapara. ¡Una señorita bebiendo vino! Abrió la botella sin comentarios y sirvió dos copas, con la esperanza de que ella dijera que no, que era solo para él, pero se limitó a sonreír, tomar la suya y levantarla en un brindis.

—¡Por nosotros y por la peque que hemos salvado! Y porque pronto recuperes toda la memoria. Puede ser una consecuencia del trauma que has sufrido con lo de esas heridas. ¿Te acuerdas de qué te pasó?

Él sacudió la cabeza en una negativa y dio un largo trago al vino. Era buenísimo. La comida, sin embargo, era profundamente extraña. Oía muy bien, pero el plato estaba lleno de cosas que no conocía: unas tiras largas blancas muy delgadas, como enormísimos gusanos, nadando en una salsa violentamente roja salpicada de unas bayas oscuras, partidas, y otros gusanillos rosados con un trocito de cola quitinosa. Lo único que había identificado antes en un plato era una ramita de romero y un salpicado de albahaca.

—Vamos a comer antes de que se enfríe. Espero que no seas alérgico a las gambitas. Las compré ayer y son pocas, pero están bastante bien.

El primer bocado fue como un calambre en la boca. Nunca había probado ese sabor y era tan intenso que casi resultaba excesivo, pero las cosas blancas y largas (algo que obviamente estaba hecho con harina y quizá huevo) lo neutralizaban un poco y pronto se acostumbró, hasta que acabó comiéndose dos platos llenos a rebosar.

—Bueno —dijo ella, sonriendo satisfecha, como todas las mujeres cuyos esfuerzos en la cocina son apreciados por un hombre—, pues ya has probado mis famosos espaguetis con tomate, olivas y gambas. ¿Bien?

—Maravilloso.

—Ahora vamos a ver lo de tus heridas. ¿Me dejas mirar? Al fin y al cabo, los dos vamos a ser médicos.

Max tragó saliva, se apartó de la mesa y, ya a punto de quitarse la prenda de arriba, que no tenía botones ni nada para desabrocharla, volvió a negar con la cabeza.

—No, fräulein, lo siento. Creo que primero tengo que aclararme yo solo y quizá consultar con algún colega.

Nora se lo quedó mirando, primero furiosa, luego inexpresiva.

—Bien, como quieras. Entonces mejor nos vamos ya a la cama. Ha sido un día muy largo.

Max se quedó de piedra. ¿No estaría insinuando...? No. No era posible. No sonreía. No lo miraba como él había visto que ciertas mujeres miraban a los hombres en una esquina oscura. Todo era muy extraño, pero estaba seguro de que ella era una chica decente. No podía estar proponiéndole... Sus palabras interrumpieron sus locos pensamientos:

—Puedes tumbarte en la cama de Toby. Se ha ido a pasar el fin de semana de carnaval a su casa, como Heike. Seguro que no le importa. Ahora te busco una manta. Mañana es fiesta; podemos levantarnos tarde, hablaremos más y seguiremos buscando. Buenas noches.

* * *

Debió de haberse dormido instantáneamente porque, cuando despertó con las campanadas de las cinco, se encontraba descansado y con la cabeza despejada. La vivienda estaba oscura y en silencio.

Se estiró en la cama más cómoda que había probado en la vida. La temperatura era perfecta y estuvo tentado de darse la vuelta y seguir durmiendo en aquel sueño maravilloso donde, con suerte, al levantarse volvería a ver a Nora; pero algo le decía que, si quería empezar a resolver el misterio,

tenía que regresar a la casa en ruinas donde había despertado sin memoria de sí mismo. Y tenía que hacerlo solo. No podía poner en peligro a aquella deliciosa criatura. Ya la vería de nuevo cuando volviese a ser dueño de sí mismo.

Se levantó sigilosamente, cambió las ropas de Toby por las propias con un escalofrío (¡qué ligeras resultaban por contraste!) y, al asomarse por la ventana y ver que había nevado un poco durante la noche, decidió tomar prestada alguna prenda, se puso una chaqueta increíblemente cálida y liviana, y después de garabatear una nota, salió, cuidando de no despertarla, y se encaminó a su facultad. Quería asegurarse de su simple existencia antes de regresar a explorar a las ruinas.

* * *

Nora abrió los ojos en cuanto oyó el resbalón de la puerta al cerrarse. Había dormido poco y mal porque estaba segura de que Max trataría de marcharse en secreto, y había acertado plenamente, pero no estaba dispuesta a dejar que un chico con un trauma como el suyo se lanzase a vagar por la ciudad de madrugada; podía pasarle cualquier cosa.

«No trates de engañarte a ti misma, Nora. Lo que pasa es que te gusta el chaval y no quieres perderlo así como así. Si lo pierdes ahora, no tienes forma de dar con él», dijo su voz interior.

«Bien. De acuerdo. Me gusta el chico, ¿qué pasa?».

«Nada. Ve tras él. Hoy en día las mujeres no tenemos por qué esperar a que sean ellos los que den el primer paso. ¡Corre, antes de que se pierda por las callejuelas!».

Se vistió a toda velocidad, vio una nota sobre la mesa, se la metió en el bolsillo, miró por la ventana, lo vio doblar hacia la Kanalgasse, y salió del piso a toda velocidad calzada con las zapatillas de correr, lo que le permitió darle alcance enseguida, sin que él se diera cuenta.

Iba hacia la universidad vieja y, como ella suponía, se detuvo frente a lo que ahora era el Museo de Medicina y la Antigua Anatomía, pero que desde el siglo xv había sido el edificio donde se estudiaba Medicina y donde se hacían las disecciones de cadáveres en el teatro anatómico.

Lo vio parado allí durante varios minutos meneando la cabeza, leyendo una y otra vez la placa de la entrada moderna, apartándose unos pasos, echando atrás el cuello para ver todo el edificio, haciendo pantalla con las manos para mirar a través de las cristaleras del museo, cuyas luces, lógicamente, estaban apagadas a esas horas. Como si no lo reconociera, como si no se lo pudiera creer.

Un pensamiento que ya había surgido la noche antes en su interior empezó a crecer en la mente de Nora. Era imposible, era una estupidez, y sin embargo aclararía muchas de las cosas raras que había notado en Max: su comodidad con la ropa antigua que llevaba; su manía de hablarle de usted y llamarla «fräulein», y su desconocimiento de las cosas más básicas, como los taxis, las lámparas y los tomates.

¿Y si era un viajero del tiempo? ¿Y si venía del pasado?

Nora sacudió la cabeza para sí misma justo en el momento en que Max echaba a andar de nuevo, esta vez hacia el río, hacia la casa en ruinas de la que le había hablado.

No podía ser. Además, si fuera un viajero del tiempo, estaría más entrenado: sabría lo que son los espaguetis y no la habría mirado con esa alarma al verla vestida con *leggings*.

Un paseante solitario caminaba junto al río con su perro. Max se escondió en un portal hasta que el hombre se perdió de vista. Nora esperó también.

Unos segundos después, Max continuó hasta una casa antigua que, efectivamente, era una ruina en mitad de un pequeño jardín también totalmente descuidado. Lo cruzó, entró por la parte de detrás y desapareció de su vista.

Nora se chupó los labios, indecisa. ¿Debería seguirlo y ver qué hacía o dónde se metía? Sí. No había más remedio. Si lo perdía ahora, quizá no volviese a encontrarlo. Lo siguió sigilosamente.

Atravesó un cuarto que debía de haber sido una cocina o un lavadero y desembocaba en un pasillo oscuro. Los pasos de Max, cuidadosos, crujían en la escalera. Si ella también subía, la oiría de necesidad; pero si, para evitarlo, se quedaba abajo, no sabría lo que él estaba haciendo y no tendría mucho sentido haber llegado hasta allí.

Antes de que pudiera decidirse, lo oyó bajar de nuevo y apenas tuvo tiempo para retroceder hasta la cocina. Asomó la cabeza con cuidado y, como esperaba, lo vio recortado contra la primera luz que se filtraba desde el exterior. Parecía mirar fijamente algo que se encontraba al pie de la escalera y que ella no podía ver desde donde estaba.

Oyó el chirrido de una puerta al abrirse, una exclamación ahogada, unos pasos y de repente silencio total.

Al cabo de un par de minutos, cuando estuvo segura de que ya no iba a pasar nada más, se atrevió a asomarse al pasillo, que ahora estaba iluminado por un sol recién nacido, de un potente color rojo. Avanzó hasta colocarse en el lugar donde él había estado y miró en la dirección que recordaba. Lo único que había era una simple alacena debajo del hueco de la escalera, cerrada con una puerta de madera con picaporte de metal herrumbroso.

Ella la había oído abrirse. Max tenía que estar allí dentro.

¿Dentro de una alacena debajo de una escalera? ¿Para qué? Y... ¿por qué no había salido ya?

Dio dos pasos lentos, trabajosos, en dirección a la puerta, con la mano derecha extendida delante de ella, como si temiera que el picaporte le fuera a dar un choque eléctrico.

Las campanas de Nuestra Señora la Bella dieron la media. Las cinco y media.

Rozó el picaporte sin sentir nada de particular, excepto que estaba frío. Apoyó su peso en él y la puerta se abrió hacia dentro con un chirrido de película de terror, hacia el agujero oscuro que esperaba. Un trastero. No podía ser otra cosa.

Y sin embargo...

Desde el fondo soplaba una corriente suave de viento frío. Dio un paso hacia el interior. Y otro más. Ahora le parecía distinguir una luminosidad lejana, como cuando estás en un túnel que se curva y no puedes ver la salida, pero intuyes la luz al fondo. Dio dos pasos más. Para ser una alacena debajo de una escalera, aquello era grandísimo. Y Max no estaba allí. El silencio era total; si estuviera escondido en la oscuridad, oiría su respiración o al menos sentiría su presencia, el calor de su cuerpo. Pero allí no había nadie.

Siguió avanzando.

Tenía el estómago apretado de miedo, pero la curiosidad era demasiado grande, de modo que, sin hacer caso a lo que sentía, continuó. Necesitaba ver dónde acababa aquel trastero, qué era la luz que se adivinaba al final.

Tres pasos más, una curva a la derecha y allí, al fondo, ya muy cerca, la luz de la calle. ¿De qué calle? Tragó saliva. La boca se le había quedado seca.

Con infinito cuidado se acercó a la ventana enrejada por la que brillaba la luz. Detrás había una calle, en efecto. Solo que se trataba de una calle en la que, al menos desde donde ella estaba, no se veía ni una farola, ni una papelera, ni un coche, ni nada que indicase que se trataba de una calle de la Ingolstadt del siglo XXI.

Se quedó allí unos minutos, transfigurada, aguardando que pasara alguien y poder comprobar su teoría, pero lo temprano de la hora le hacía temer que no sucedería, a menos que estuviera dispuesta a esperar un buen rato.

Se equivocaba.

Al cabo de unos minutos, un hombre vestido como para un carnaval, con calzas blancas, casaca parda y sombrero de tres picos, cruzó por delante de ella taconeando sobre los adoquines. Detrás de él, un chico jovencito vestido de forma parecida cargaba una gran caja de madera, posiblemente de herramientas de algún oficio que no podía imaginar.

Se apartó de la ventana, asustada. No quería que nadie la viera espiando. Y ya iba a retirarse, cuando una aguda campanilla la hizo volver a su puesto de observación. Un niño vestido de monaguillo, llevando una cruz dorada montada en una larga vara, abría paso a un sacerdote que, con las dos manos delante del pecho, parecía llevar una caja muy preciada. Otro monaguillo los seguía. Los tres caminaban muy deprisa y el hombre tenía una expresión de urgencia terrible.

Le sonaba haber visto un cuadro parecido en algún museo.

¡Claro! ¡El viático! Nora recordaba las historias de su bisabuela, cuando le contaba que, siendo ella pequeña, en el pueblo siempre se oía la campanilla cuando el sacerdote acudía a darle la extremaunción a un moribundo. Al parecer, había vuelto a un tiempo donde eso era perfectamente normal.

¿No sería Max el que se estaba muriendo?, pensó sobresaltada.

No, ¿cómo iba a ser Max? Diez minutos atrás estaba como una rosa.

Por un instante, la tentación de salir y pasearse por aquella Ingolstadt desconocida fue tan fuerte que tuvo que recurrir a toda su sensatez para no hacerlo. ¿Cómo iba a salir, vestida así? La tomarían por loca, la encerrarían. Lo menos que podía hacer era volver a casa, ponerse el disfraz del día anterior y volver vestida de un modo más o menos aceptable para la época. No sería ideal, pero al menos no llamaría tanto la atención. Y estaba casi segura de dónde encontrar a Max.

Había dicho que consultaría con algún colega.

Lo más probable era que se dirigiera derecho a su facultad.